

La Buena Nueva, que va derecha al corazón del pueblo, es que los "desheredados" de este mundo son de hecho los "herederos de Dios. Porque tienen un Padre, están llamados a vivir como "hermanos". He aquí algunos extractos de una homilía del P. Anidan, joven predicador, de Adviento de 1878, anterior a su entrada en la vida religiosa.

LOS DESHEREDADOS SON LOS HEREDEROS DE DIOS



¿Cómo ha hecho Jesús para tener discípulos, para atraerlos, para cautivar sus corazones? Ha hecho dos cosas muy sencillas, le bastó con mostrarse y hablar. La santidad de su vida, lo sublime de su doctrina atrajo a todas las almas de buena voluntad. Vieron, admiraron, amaron y creyeron...

Jesús les dice que ese Padre que está en los cielos se ocupa de ellos: "Ni uno solo de nuestros cabellos cae sin que él lo quiera". No son palabras vanas. Dios es de tal manera su Padre, que Jesús ha venido a la tierra para devolverles algo de la naturaleza divina.

¡Pero, en ese caso, son dioses! ¡Unas pobres criaturas partícipes de la naturaleza divina, como dioses! ¡Qué grandeza, la de quienes se creían tan viles, tan pequeños! Y Jesús les ordena dirigirse a Dios como unos hijos a su Padre: "Cuando oren, digan: Padre Nuestro que estás en los cielos".

Lo más consolador para ellos es la esperanza, la seguridad de que podrán gozar las posesiones de su Padre. Jesús afirma que son los herederos del Reino de los Cielos, ¡herederos de la vida, de la felicidad eterna! ¡qué honor! ¡qué felicidad! ¡qué perspectiva! ¡Y, por eso, cómo se entusiasman, cómo arden sus corazones cuando le escuchan hablar así!

Pero, no es eso todo. Jesús no sólo les habla de lo que Dios es para ellos, de lo que ellos deben ser para El, sino que les dice también lo que deben ser los unos para los otros, cómo los hombres deben considerarse entre sí.

Hasta entonces, la ley de justicia, cumbre de la perfección, era: "No hagan a los demás lo que no quieran que les hagan a ustedes". Jesús viene a decir mucho más.

Viene a aportar el precepto de la caridad, base y fundamento de la verdadera fraternidad. "Ámense los unos a los otros": Ese es su primer mandamiento, con el mismo rango e identificado con el precepto de amar a Dios. Les dice que todos los hombres son hermanos. Por consiguiente, el pobre y el rico son hermanos... Los felices y los desdichados son hermanos... Los poderosos y los débiles son hermanos... Los reyes y sus sujetos, los jefes y los subordinados, son hermanos...

Aquellos hombres acostumbrados a ver cómo el rico abusaba del pobre, cómo los felices huían de los desdichados, cómo los poderosos oprimían a los débiles y los jefes tiranizaban a sus subordinados, no daban crédito a lo que oían...

¡Qué entusiasmo en el pueblo, en el que esas verdades caían como un bálsamo para los corazones, como una luz del cielo para la inteligencia!... "¡Verdaderamente, nadie había hablado nunca como este hombre!".

Hasta entonces, habían considerado a Dios sobre todo como un maestro, como un señor poderoso y terrible. Más que amarle se le temía. Pero, Jesús viene junto a los hombres y les dice que Dios es su Padre.

A esos pobres hombres, perdidos en un pequeño y pobre rincón de tierra llamado Judea, en su mayoría despreciados, arrastrando aquí abajo una vida oscura, en medio de la indiferencia, incluso de los que les rodean, Jesús les dice que tienen un Padre en el cielo.

A esos hombres que habrían considerado un honor gozar de la amistad de un grande de la tierra, que se habrían sentido honrados si un rey de la tierra se hubiera fijado en ellos y les hubiera considerado como sus servidores, Jesús les declara que son no solo sus servidores y amigos, sino sus hijos, los hijos de Dios.



El Ser más grande, el más bello, el más poderoso. Ese Dios, ante el cual apenas sí atrevían a levantar la vista temblando, es para ellos un Padre... ¡Qué dulce tuvo que ser esta doctrina para un pueblo formado en su mayoría por desheredados de la tierra!